«Porque presiento en este alejamiento humano
Cuán míos habrán de ser los hombres venideros.
Cómo esta soledad será poblada un día,
Aunque sin mí, de camaradas puros a tu imagen.
Si renuncio a la vida es para hallarla luego
Conforme a mi deseo, en tu memoria».

Alianza *Urgentes*

La Realidad y el Deseo
(1924-1962)

Luis Cernuda

La Realidad y el Deseo (1924-1962)

Seguido de *Historial de un libro (La Realidad y el Deseo)*

Alianza *Urgentes*

Primera edición: 1991
Quinta edición: octubre de 2026

Diseño de cubierta: Edmon de Haro

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Luis Cernuda
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-315-0
Depósito legal: M-13334-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

9 La Realidad y el Deseo

13 I. Primeras poesías
31 II. Égloga, elegía, oda
47 III. Un río, un amor
75 IV. Los placeres prohibidos
101 V. Donde habite el olvido
123 VI. Invocaciones
153 VII. Las nubes
223 VIII. Como quien espera el alba
283 IX. Vivir sin estar viviendo
339 X. Con las horas contadas
385 XI. Desolación de la Quimera

447 Historial de un libro (La Realidad y el Deseo)

495 Índice de poemas

La Realidad y el Deseo
(1924-1962)

Primeras poesías / Égloga, elegía, oda / Un río, un amor / Los placeres prohibidos / Donde habite el olvido / Invocaciones / Las nubes / Como quien espera el alba / Vivir sin estar viviendo / Con las horas contadas / Desolación de la Quimera

À mon seul Désir

I. Primeras poesías
(1924-1927)

I

Va la brisa reciente
Por el espacio esbelta,
Y en las hojas cantando
Abre una primavera.

Sobre el límpido abismo
Del cielo se divisan,
Como dichas primeras,
Primeras golondrinas.

Tan sólo un árbol turba
La distancia que duerme,
Así el fervor alerta
La indolencia presente.

Verdes están las hojas,
El crepúsculo huye,

Anegándose en sombra
Las fugitivas luces.

En su paz la ventana
Restituye a diario
Las estrellas, el aire
Y el que estaba soñando.

II

Urbano y dulce revuelo
Suscitando fresca brisa
Para sazón de sonrisa

Que agosta el ardor del suelo;
Pues si aquel mudo señuelo
Es caña y papel, pasivo
Al curvo desmayo estivo,
Aún queda, brusca delicia,
La que abre tu caricia,
Oh ventilador cautivo.

III

Desengaño indolente
Y una calma vacía,
Como flor en la sombra,
El sueño fiel nos brinda.

Los sentidos tan jóvenes
Frente a un mundo se abren
Sin goces ni sonrisas,
Que no amanece nadie.

El afán, entre muros
Debatiéndose aislado,
Sin ayer ni mañana
Yace en un limbo extático.

La almohada no abre
Los espacios risueños;
Dice sólo, voz triste,
Que alientan allá lejos.

El tiempo en las estrellas.
Desterrada la historia.
El cuerpo se adormece
Aguardando su aurora.

IV

Morir cotidiano, undoso
Entre sábanas de espuma;
Almohada, alas de pluma
De los hombros en reposo.
Un abismo deleitoso
Cede; lo incierto presente
A quien con el cuerpo ausente
En contraluces pasea.

Al blando lecho rodea
Ébano en sombra luciente.

V

Ninguna nube inútil,
Ni la fuga de un pájaro,
Estremece tu ardiente
Resplandor azulado.

Así sobre la tierra
Cantas y ríes, cielo,
Como un impetuoso
Y sagrado aleteo.

Desbordando en el aire
Tantas luces altivas,
Aclaras felizmente
Nuestra nada divina.

Y el acorde total
Da al universo calma:
Árboles a la orilla
Soñolienta del agua.

Sobre la tierra estoy;
Déjame estar. Sonrío
A todo el orbe; extraño
No le soy porque vivo.

VI

¿Dónde huir? Tibio vacío,
Ingrávida somnolencia
Retiene aquí mi presencia.
Toda moroso albedrío,
En este salón tan frío,
Reino del tiempo tirano.
¿De qué nos sirvió el verano,
Oh ruiseñor en la nieve,
Si sólo un mundo tan breve
Ciñe al soñador en vano?

VII

Existo, bien lo sé,
Porque le transparenta
El mundo a mis sentidos
Su amorosa presencia.

Mas no quiero estos muros,
Aire infiel a sí mismo,
Ni esas ramas que cantan
En el aire dormido.

Quiero como horizonte
Para mi muda gloria
Tus brazos, que ciñendo
Mi vida la deshojan.

Vivo un solo deseo,
Un afán claro, unánime;
Afán de amor y olvido.
Yo no sé si alguien cae.

Soy memoria de hombre;
Luego, nada. Divinas,
La sombra y la luz siguen
Con la tierra que gira.

VIII

Vidrio de agua en mano del hastío.
Ya retornan las nubes en bandadas
Por el cielo, con luces embozadas
Huyendo al asfaltado en desvarío.

Y la fuga hacia dentro. Ciñe el frío,
Lento reptil, sus furias congeladas;
La soledad, tras las puertas cerradas,
Abre la luz sobre el papel vacío.

Las palabras que velan el secreto
Placer, y el labio virgen no lo sabe;
El sueño, embelesado e indolente,

Entre sus propias nieblas va sujeto,
Negándose a morir. Y sólo cabe
La belleza fugaz bajo la frente.

IX

El fresco verano llena
Andaluzas soledades;
No acercarán amistades
La tierna imagen ajena.
Visos y dejos de pena
El agua me robaría;
Que la desdicha sonría
Hasta que el viento la lleve.
Y en un molino de nieve
Levanto una nevería.

X

El amor mueve al mundo,
Que descansa perdido
A la mirada. Y esta
Ternura sin servicio.

Ya las luces emprenden
El cotidiano éxodo
Por las calles, dejando
Su espacio solo y quieto.

Y el ángel aparece;
En un portal se oculta.
Un soneto buscaba
Perdido entre sus plumas.

La palabra esperada
Ilumina los ámbitos;
Un nuevo amor resurge
Al sentido postrado.

Olvidados los sueños
Los aires se los llevan.
Reposo. Convertida
La ternura se deja.

XI

Es la atmósfera ceñida;
Sólo centellea un astro
Vertiendo luz de alabastro
Con pantalla adormecida.
La música, que aterida
En el papel hizo nido,
Alisando su sonido,
Tiende el vuelo del atril
A la rama de marfil
Por la cámara en olvido.

XII

Eras, instante, tan claro.
Perdidamente te alejas,
Dejando erguido al deseo
Con sus vagas ansias tercas.

Siento huir bajo el otoño
Pálidas aguas sin fuerza,
Mientras se olvidan los árboles
De las hojas que desertan.

La llama tuerce su hastío.
Sola su viva presencia,
Y la lámpara ya duerme
Sobre mis ojos en vela.

Cuán lejano todo. Muertas
Las rosas que ayer abrieran,
Aunque aliente su secreto
Por las verdes alamedas.

Bajo tormentas la playa
Será soledad de arena
Donde el amor yazca en sueños.
La tierra y el mar lo esperan.

XIII

Se goza en sueño encantado,
Tras espacio infranqueable,
Su belleza irreparable
El Narciso enamorado.
Ya diamante azogado
O agua helada, allá desata
Humanas rosas, dilata
Tanto inmóvil paroxismo.

Mas queda sólo en su abismo
Fugaz memoria de plata.

XIV

Ingrávido presente.
Las ramas abren trémulas.
Cándidamente escapan
Estas horas sin fuerza.

En la playa remota
El mar no visto canta;
Sobre su verde espuma
Huye el aire en volandas.

Va sus vírgenes fuerzas
Deponiendo la tarde.
La esperanza se duerme
Entre el verdor unánime.

Olvidarán mis días
Su abanico de humo
Y un ángel lo abrirá
Una noche ya mustio.

Una noche que finja
Lo distante inmediato.
Y bajará la luna
A posarse ¿en qué mano?

XV

La luz dudosa despierta,
Pero la noche no está;
Hacia las estrellas va,
Sobre el horizonte alerta.
El aire tierno concierta
Con esta cándida hora.
¿Qué labio forma sonora
Dio a esa risa? La ventana
Traza su verde persiana
En la enramada a la aurora.

XVI

La noche a la ventana.
Ya la luz se ha dormido.
Guardada está la dicha
En el aire vacío.

Levanta entre las hojas,
Tú, mi aurora futura;
No dejes que me anegue
El sueño entre sus plumas.

Pero escapa el deseo
Por la noche entreabierta,
Y en límpido reposo
El cuerpo se contempla.

Acreciente la noche
Sus sombras y su calma,
Que a su rosal la rosa
Volverá la mañana.

Y una vaga promesa
Acunando va el cuerpo.
En vano dichas busca
Por el aire el deseo.

XVII

No es el aire puntual
El que tiende esa sonrisa,
En donde la luz se irisa
Tornasol, sino el cristal;
Que de tan puro, imparcial.
Su materia transparente
Hurta a los ojos, ausente
Con imposible confín,
Porque su presencia en fin
Tan sólo el labio la siente.

XVIII

Los muros nada más.
Yace la vida inerte,
Sin vida, sin ruido,
Sin palabras crueles.

La luz lívida escapa
Y el cristal ya se afirma
Contra la noche incierta,
De arrebatadas lluvias.

Alzada resucita
Tal otra vez la casa;
Los tiempos son idénticos,
Distintas las miradas.

¿He cerrado la puerta?
El olvido me abre
Sus desnudas estancias
Grises, blancas, sin aire.

Pero nadie suspira.
Un llanto entre las manos
Sólo. Silencio; nada.
La oscuridad temblando.

XIX

La desierta belleza sin oriente
A la prisión nocturna ciñe un cielo;
De su seno mortal levanta el suelo
El puro hastío que la llama siente.

Un ídolo corona negra frente
Sobre voraz sonrisa. ¿Cuál anhelo
Al ébano del vientre tendió el vuelo
Y en su nido se duerme blandamente?

Soledad sin amor ni claro día,
La indolencia del ánimo se adueña,
Postrada y fiel huye la edad mudable.

Hurta el primer placer su melodía,
Y el tiempo mira un cuerpo que se sueña
En el cristal, fingido irreparable.

XX

Los árboles al poniente
Dan sombra a mi corazón.
¿Las hojas son verdes? Son
De oro fresco y transparente.
Buscando se irá el presente,
De rosas hecho y de penas.
Y yo me iré. Las arenas
Han de cubrirme algún hoy.
Canción mía, ¿qué te doy,
Si alma y vida son ajenas?

XXI

Va la sombra invasora
Despojando el espacio
Y la luz fugitiva
Huye a un mundo lejano.

Surge viva la lámpara
En la noche desierta,
Defendiendo el recinto
Con sus fuerzas ligeras.

Sólo el azul relámpago,
Que vierte la ventana
Hacia fuera, en el tiempo
Misterioso resbala.

Cuán vanamente atónita
Resucita de nuevo
La soledad. ¿Soñar?
Soñaremos que sueño.

Es la paz necesaria.
No se sabe; se olvida.
Otra noche acunando
Esta dicha vacía.

XXII

En soledad. No se siente
El mundo, que un muro sella;
La lámpara abre su huella
Sobre el diván indolente.
Acogida está la frente
Al regazo del hastío.
¿Qué ausencia, qué desvarío
A la belleza hizo ajena?

Tu juventud nula, en pena
De un blanco papel vacío.

XXIII

Escondido en los muros
Este jardín me brinda
Sus ramas y sus aguas
De secreta delicia.

Qué silencio. ¿Es así
El mundo? Cruza el cielo
Desfilando paisajes,
Risueño hacia lo lejos.

Tierra indolente. En vano
Resplandece el destino.
Junto a las aguas quietas
Sueño y pienso que vivo.

Mas el tiempo ya tasa
El poder de esta hora;
Madura su medida
Escapa entre sus rosas.

Y el aire fresco vuelve
Con la noche cercana,
Su tersura olvidando
Las ramas y las aguas.